

ALBERTO M. DE AGOSTINI S. S.

# ANDES PATAGONICOS

VIAJES DE EXPLORACION  
A LA CORDILLERA PATAGONICA AUSTRAL

*Segunda edición aumentada y corregida*

ILUSTRACIONES Y MAPAS DEL AUTOR

BUENOS AIRES

1945

### CAPITULO III

## CANALES PATAGONICOS Y FIORDS EYRE Y FALCON

*El Canal Sarmiento — La Isla Piazzì — Descubrimiento de mármoles en la Isla Cambridge — Tempestad del sur — El Canal Concepción — Magnífica puesta del sol — Canal Wide — En el Fiord Falcón — Entre los témpanos — Ascensión llena de obstáculos — En el Fiord Eyre — Una fracasada tentativa de colonización — El Glaciar Pío XI — Indian Reach — Encuentro con una tribu Alacaluf — Vida y costumbres de estos indígenas — Angostura Inglesa — Trabajos hidrográficos de la corbeta "Magenta" — Regreso a Punta Arenas.*

Diciembre 18 — A las 5 zarpamos y proseguimos viaje por el Canal Collingwood. El tiempo se ha vuelto tempestuoso y oscuro. Llueve, y ráfagas impetuosas del SW levantan una fuerte marejada de proa.

Para quien navega rumbo al Norte, los vientos del NW y SW que predominan en estas regiones, le son siempre contrarios porque las altas montañas obligan a las corrientes atmosféricas a seguir el curso y la dirección de los canales, aun cuando éstos tienen direcciones casi divergentes.

Del Estrecho Collingwood pasamos al Canal Sarmiento atravesando el Paso Farquhar y tratamos, por todos los medios posibles, de navegar cerca de la costa, donde es menos violenta la marejada.

El Canal Sarmiento, de 100 kilómetros de largo, corre de Norte a Sur, entre el continente y las islas Esperanza, Vancouver y Piazzì. Esta última tiene una superficie de seiscientos kilómetros cuadrados y el nombre italiano que lleva le fué dado por Fitz Roy, en honor del ilustre astrónomo teatino de Palermo, José Piazzì.

La barrera montañosa que ciñe el Canal Sarmiento, por el lado del Poniente, es interrumpida por el Paso Tarleton, que se abre por una decena de kilómetros entre las islas Piazzì y Vancouver y da acceso al Pacífico, a través del Estrecho Nelson.

Esta zona, batida furiosamente por los vientos, ha conquistado cierta notoriedad, por haber descubierto el lobero napolitano Pascual Rispoli, en la Isla Cambridge, al Norte del Estrecho Nelson, grandes yacimientos de mármoles, para cuya explotación se formó una fuerte sociedad en Santiago de Chile.

La isla, completamente montañosa, emerge perpendicularmente del mar, ofreciendo un atrayente y singular aspecto, por los colores de sus rocas calcáreas, que van desde el blanco más puro hasta el negro retinto. Luciano, que ha frecuentado estos lugares durante sus cacerías de focas, me expone las muchas y nada leves di-

ficultades que ofrece la instalación de una empresa similar, no tanto por el clima extremadamente húmedo y lluvioso, cuanto por la falta de puertos que brinden un asilo seguro contra los temporales y ráfagas (*Williwaws*) extremadamente violentas en esos parajes.

Un continuo viento de proa ha obstaculizado durante todo el día nuestro avance. Por lo angosto del canal y la violencia de las olas, nos era imposible bordear con las velas; tuvimos que contentarnos con la sola fuerza del motor, el que apenas conseguía imprimir a la goleta una velocidad de tres a cuatro millas por hora. A las cinco de la tarde llevábamos recorridas unas sesenta millas y habríamos llegado casi hasta el término del Canal Sarmiento, si el cielo cada vez más oscuro y amenazador no nos hubiese aconsejado aprovechar la proximidad del Puerto Bueno, para anclar y pasar allí la noche.

Puerto Bueno, así denominado y explorado por Sarmiento de Gamboa, que entró en él el 30 de diciembre de 1579, es una espléndida ensenada tallada en la costa patagónica, frente a la Isla Esperanza. Sus aguas profundas y su excelente fondo para anclar, hacen de él un lugar preferido por los capitanes de las naves que pasan por los canales.

La bahía está circundada por una playa de arena suave y lisa, sobre la que descienden frondosas ramas de una espesa y exuberante vegetación, que extendiéndose hacia el interior, reaparece en verdes manchas sobre los costados de las montañas vecinas. Aquí y allá serpentean varios arroyuelos y algunos torrentes caen desde lo alto. En el ángulo septentrional hay un puerto pequeño, el Schooner Cove, que ofrece reparo seguro a embarcaciones de poco calado.

Diciembre 19 — Cuando en las primeras horas de la mañana reiniciamos la navegación, las aguas del canal están plácidas y tranquilas, pero la niebla es tan baja y espesa, que a duras penas podemos distinguir la configuración de la costa y seguir la ruta exacta en este laberinto de canales. Un poco antes del mediodía, cuando estamos a punto de penetrar en el Canal Concepción, algunas ráfagas de viento barren rápidamente las nubes y dejan ver hacia el Sur, jirones de cielo de tersísimo azul.

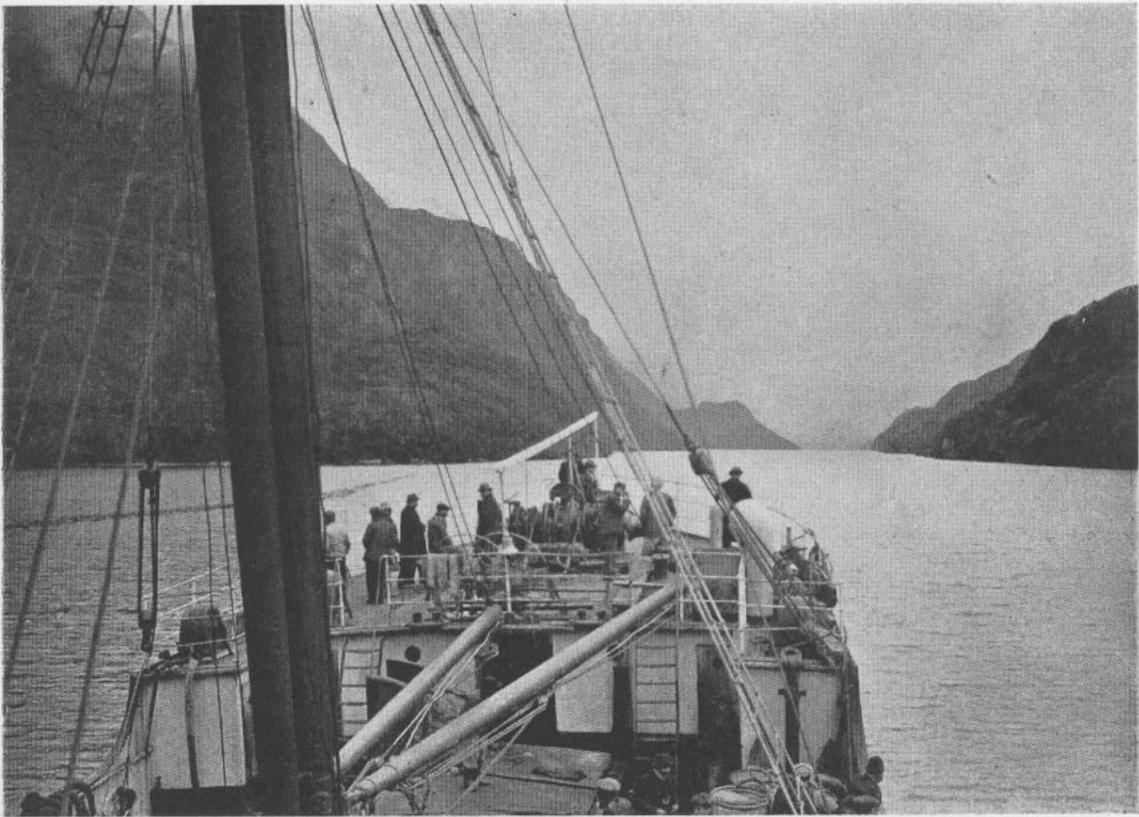
La calma ha sido breve. El viento Sur se desencadena con violencia y en poco tiempo transforma las plácidas aguas del canal en una blanca extensión de crestas espumantes, de olas gigantescas que desde el Pacífico abierto al Sur, llegan hasta nosotros hirvientes de ira, y hacen bailar terriblemente nuestro pequeño velero.

Afortunadamente, el viento y la marejada están en nuestro favor, y la goleta, impulsada por ese aquilón furioso, atraviesa en pocas horas el Canal Concepción y penetra en el Wide, anclando a las 7 de la tarde, en la Caleta Refugio, o Refugio Cove.

El viento amainó con la misma celeridad con que vino. Las aguas están de nuevo plácidas y tranquilas y el sol próximo a ocultarse detrás de una revuelta masa de nubes grises y azules, orladas de oro y carmín, proyecta sus últimos rayos sobre la imponente barrera de montañas de la Ensenada Pingüino, que se abre delante de nosotros.

Mientras las cimas enrojecen como brasas y las nieves perpetuas, blanquísimas, se tiñen de púrpura, los poderosos flancos de las montañas están ya sumergidos en la sombra y se elevan como gigantescos bastidores, ocultándose entre las nubes del lejano horizonte, en un mundo misterioso e inexplorado.

Sobre el espejo cristalino de las aguas en las que se reflejan las escarpadas laderas de las montañas cubiertas de bosques, las manchas blancas de los glaciares



Navegando en los canales patagónicos

y las cumbres todavía iluminadas por el sol, centellean llamaradas de oro y esmeralda, chispeos de amatistas y zafiros, relámpagos de plata, combinados en tan delicadísima gama de colores que la vista no se cansa de contemplarlos.

Desciendo a tierra y por largo rato permanezco absorto en suave y mística contemplación ante aquel soberbio espectáculo de la naturaleza que la soledad y el silencio hacen más impresionante y sugestivo.

No hay quizás ningún otro lugar del mundo donde la obra y magnificencia de la creación, amalgamadas en admirable armonía, tengan tanto poder para elevar al hombre por encima de estas visiones, que fenecen, y transportarlo al puro reino de las bellezas sublimes e inextinguibles del espíritu.

Diciembre 20 — Hoy debemos alcanzar el Seno Eyre, meta principal de nuestro viaje, que dista aún unos cuarenta kilómetros. Continuamos navegando por un buen trecho todavía a lo largo del Wide Channel (Canal Ancho), hasta encontrarnos con la Isla Saumarez, donde el canal se divide en dos brazos uno dirigido al Norte, con el nombre de Chasm Reach, y el otro, el Icy Reach (Canal de los Hielos), al Sudeste. Este último está en comunicación directa con el Seno Eyre a través del Paso Charteris y debe su nombre al hecho de haber sido descubierto en junio de 1874, cubierto por una espesa capa de hielo.

Los canales patagónicos no se congelan jamás, ni aún en lo más crudo del invierno, excepto en algunos lugares donde las corrientes son más débiles y la salinidad del agua más escasa. Estos fenómenos se observan especialmente en el Reach Icy, porque se halla comunicado directamente con los senos Eyre y Falcón, formados en gran parte por las aguas dulces de los glaciares, que bajan de la Cordillera. Es

posible también que la gran cantidad de témpanos que flotan en el canal, contribuya a mantener la baja temperatura de sus aguas.

A medida que vamos penetrando en el Canal Icy, las montañas que flanquean los canales, a modo de enormes baluartes, muestran con más claridad y frecuencia las trazas de los antiguos glaciares, los que en su lenta labor de siglos, han corroído y modelado los valles, transformados en estos hermosísimos fiords cuando fueron invadidos por las aguas.

Las montañas constituídas por granitos y dioritas y por durísimos esquistos negros, forman en las alturas, vastas extensiones de rocas aborregadas, bien pulidas y estriadas, y mesetas a manera de balcón, sembradas de cuencas lacustres. Más abajo, las paredes de las montañas se precipitan en estrechos desfiladeros con excavaciones tubulares, semicilíndricas, talladas a pico sobre las aguas del mar, donde las marmitas de los gigantes fueron cortadas por la erosión acanalada y progresiva de los torrentes glaciares.

Del Canal de los Hielos (Icy Reach) pasamos en pocas horas de navegación al Estero Eyre, o Eyre Sound, atravesando el Paso Charteris. En algunas épocas del año, especialmente en primavera, este paso, que mide más de una milla, se pone intransitable, pues los témpanos, provenientes de los glaciares internos, se presentan tan tupidos que forman un dique gigantesco.

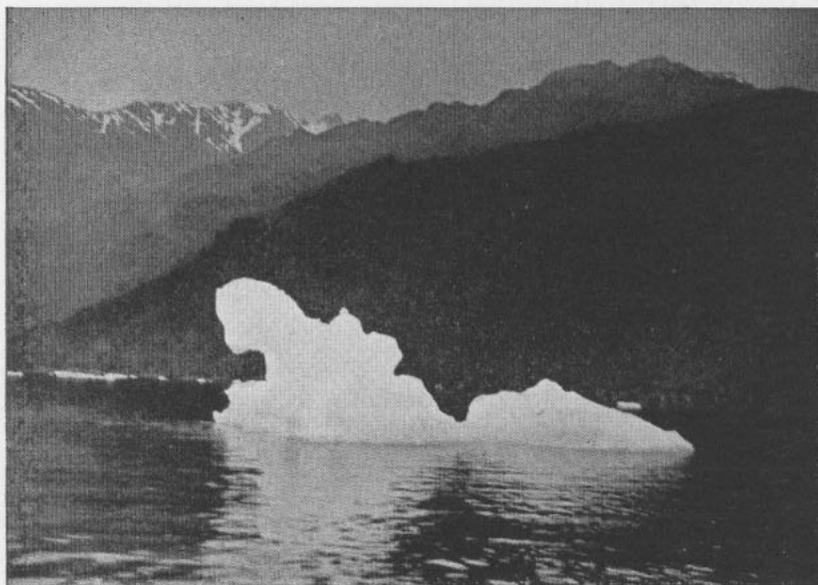
Por el momento las aguas están completamente libres, pero apenas penetramos en el Fiord Eyre, que se extiende amplio y profundo hacia el Septentrión, divisamos en lontananza numerosas masas de hielo, que flotaban sobre las aguas azules como si fueran blancos veleros.

A pocas millas, doblamos hacia el Este y penetramos en el Fiord Falcón, otro profundo brazo de mar, que se interna 35 kilómetros entre elevadas montañas y termina a los pies de un gigantesco glaciar, que tenemos interés en conocer.

Observando la carta hidrográfica inglesa, única guía con que contamos para introducirnos en este laberinto de canales, notamos inmediatamente que presenta notables inexactitudes y omisiones en la configuración de la costa y del fiord, por lo

que suponemos que los hidrografos ingleses han de haberla levantado apresuradamente después de una somera visita.

Toda nuestra atención está ahora absorbida por los grandes témpanos, cuyo número aumenta a medida que nos internamos en el fiord. Son pequeñas montañas flotantes de hielo, de las formas más curiosas, las cuales van lentamente a la deriva impulsadas por el viento y la marea. Algunas emergen del agua diez o doce metros y tienen todavía algu-



Fiord Falcón. — Témpano



Interior de un bosque

nos trozos de peñas y detritos morénicos de las montañas del interior. Mientras pasamos cerca de uno de estos témpanos, una foca que estaba reposando tranquilamente sobre el hielo, despertada de su letargo, se yergue rápidamente sobre sus rudimentarias aletas y se deja caer pesadamente en el mar, sin darme tiempo a registrarla en la cámara cinematográfica.

A las 11 de la mañana, después de haber recorrido una quincena de millas desde la entrada del fiord, como el hielo se tornara más espeso, anclamos en la costa norte, en una bellísima bahía circundada por el verde exuberante de la selva, junto a la desembocadura de un río.

A nuestra llegada, numerosos “patos a vapor” (*Micropterus cinereus*) que estaban pescando plácidamente, huyen espantados.

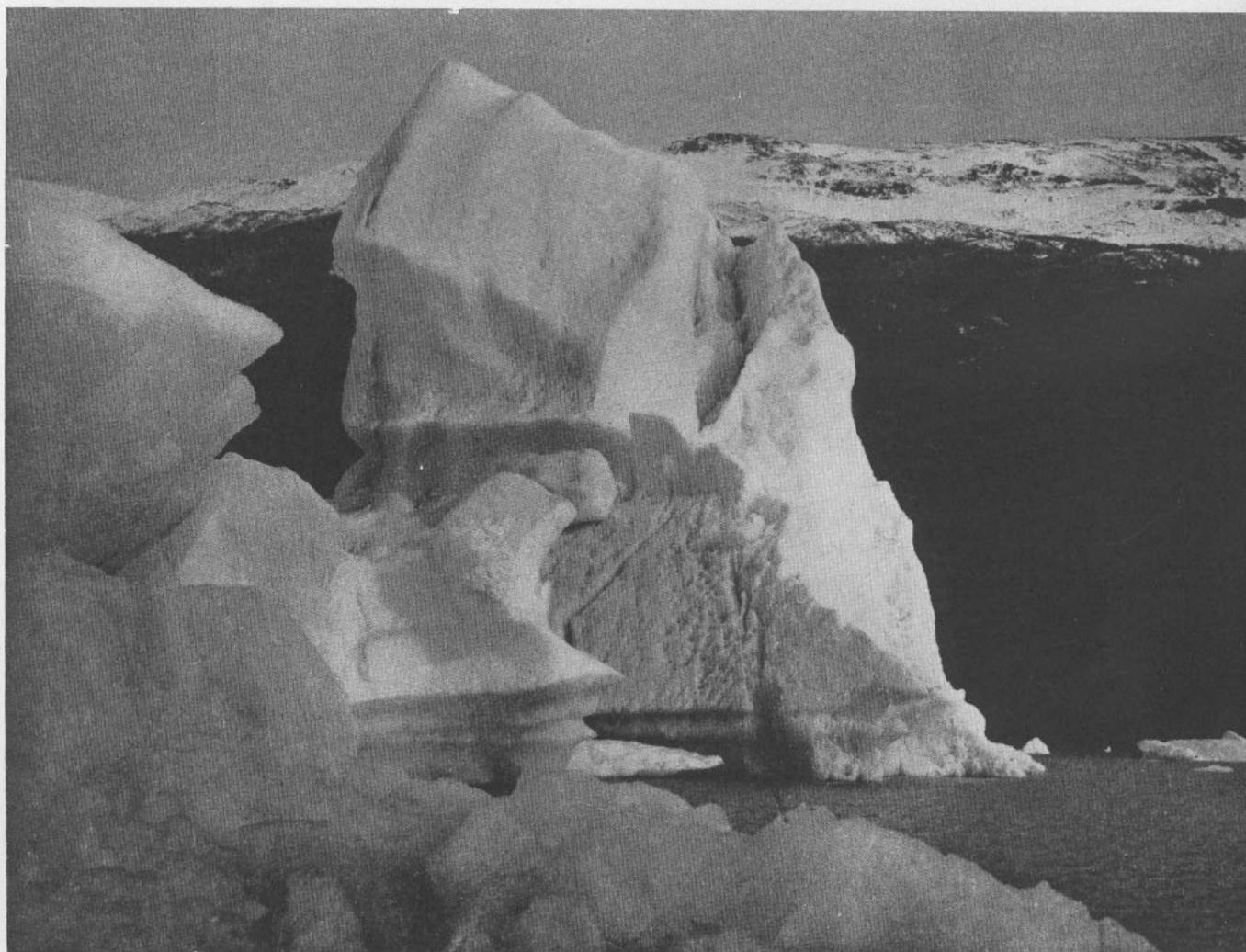
Diciembre 21 — A eso de las 10 de la mañana, el cielo se aclara y comienzan a asomarse fugazmente entre los claros de las nubes, que cubren las montañas, blanquísimos relampagueos de cumbres, azules reflejos de glaciares que cuelgan sobre los abismos, negras y torvas crestas rocosas que perforan el fondo grisáceo de las nubes: un

mundo nuevo e impensado, donde se concentra todo lo bello y lo hórrido de la alta montaña. Desciendo a tierra para realizar una excursión a una colina próxima, de regular altura. La selva presenta algunos claros y espero poder estudiar desde ellos la topografía del lugar.

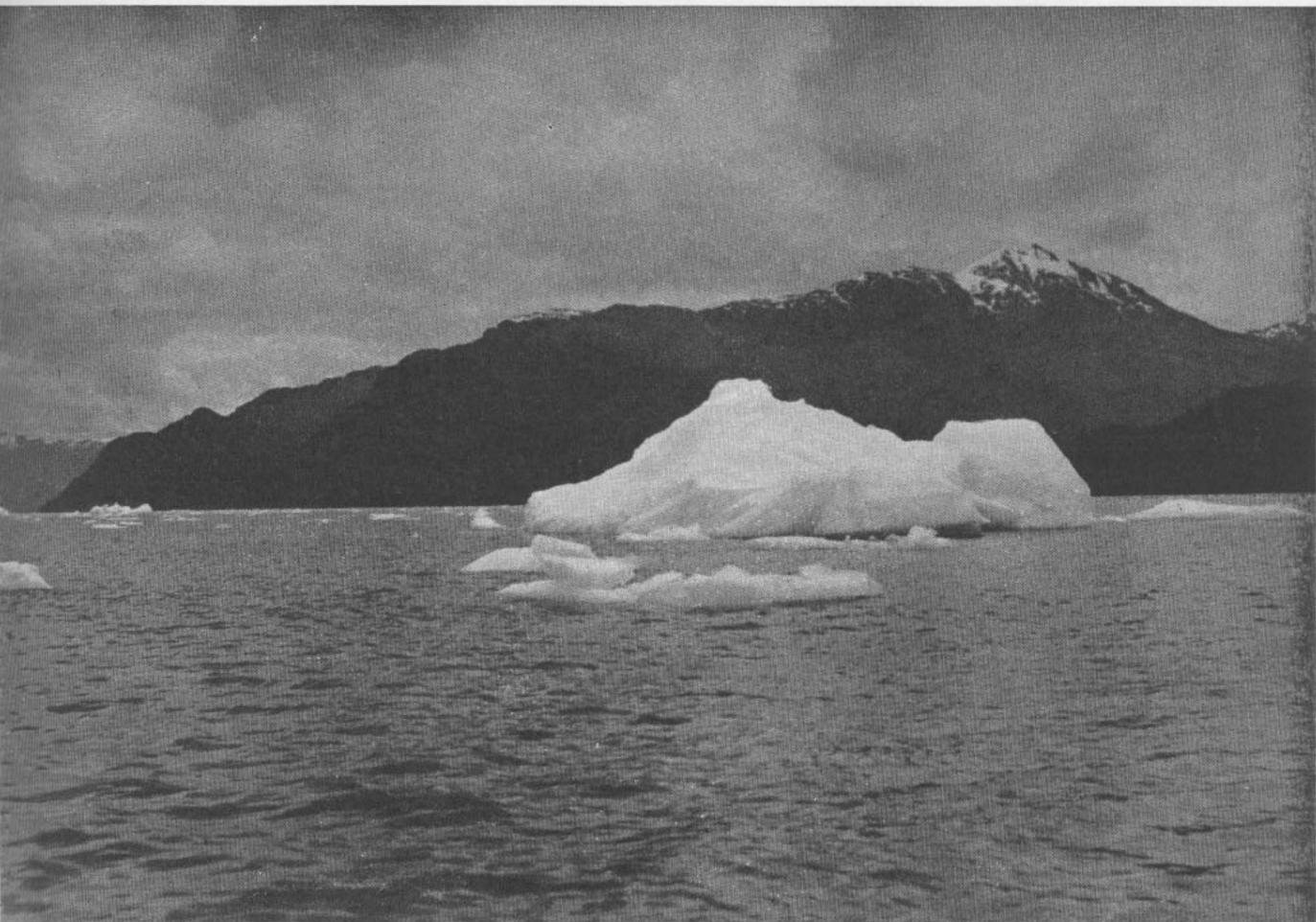
Acompañado por un marinero, remonto en bote algunos centenares de metros por el río, cuyas aguas están ennegrecidas por los residuos putrefactos de los vegetales. Dejando el bote bien asegurado en la playa, penetramos en la selva densa y profunda, donde crecen las hayas junto a las magnolias y donde las flores colgantes de las fucsias, de un hermoso rojo-escarlata, dan una nota agradable de color en la enmarañada y exuberante maleza de calafates (*Berberis buxifolia-Bilicifolia*).

Un arbusto que abunda en estas selvas es el *tepú* (*Tepualia stipularis*), una mirtácea de hojas muy pequeñas, que forma a menudo, a lo largo de la costa, una masa impenetrable denominada *tepuales*. Los marineros lo buscaban para quemar, porque arde aún verde y desarrolla mucho calor.

El agua gotea de todas las plantas y uno se hunde hasta la cintura en una espesa capa de residuos vegetales y de troncos putrefactos revestidos de musgos y líquenes gelatinosos. El pie resbala a menudo en esa engañosa masa vegetal, provocando



Fiord Falcón. — Témpanos



Témpanos en el fiord Falcón

caídas espectaculares, que nos dejan molidos y llenos de fango. A medida que vamos subiendo notamos que la vegetación se ralea y aparecen pequeñas manchas de cipreses (*Libocedrus tetragona*) de corteza bermeja, muy apreciados por la utilidad de su madera y llevados a Punta Arenas en cantidad.

En los claros del bosque y sobre el tapete rojo-amarillo de los juncos y esfagnos, brillan agradablemente numerosas y elegantes matas del bellissimo helecho *Blechnum magellanicum*, artísticamente intercaladas entre los cipreses.

Llegado a la cumbre descubro por el Septentrión un río que se desliza en largas espirales a través de lomas onduladas de origen glaciar y dos pequeños laguitos, cuyas aguas, de un negro profundo, contrastan con el verdor del espeso follaje que los circunda.

Trazo un rápido bosquejo, tomo algunas fotografías y regreso rápidamente a bordo. Por la tarde salgo de nuevo, esta vez en lancha y acompañado por el Capitán y dos marineros. Deseo realizar un reconocimiento de la extremidad sur del fiord, donde desciende el gran glaciar que día y noche descarga toda aquella enorme cantidad de hielo flotante.

Apenas hemos recorrido unos pocos metros y ya nos encontramos literalmente rodeados de témpanos: la ilusión de navegar en una región polar es perfecta. La lancha se insinúa trabajosamente por los canales, a fuerza de remo, mientras pasan

ante nuestros ojos grandes y pequeñas masas de hielo de las más variadas y caprichosas formas: enormes osos que emergen aislados o en manadas, albos cisnes con las alas tendidas en actitud de levantar el vuelo, puentes de elegantes arcadas, grutas de reflejos turquíes iluminadas por tan delicadas tonalidades que nos llenan de profunda admiración. Cuatro kilómetros navegamos entre esta fantástica arquitectura de cristales azules, de colosales zafiros que se mueven lentamente sobre el pedestal de cobalto de las aguas, pero no nos es posible continuar adelante. Faltan aún seis kilómetros para llegar al gran glaciar y ya los hielos son tan tupidos que forman un verdadero *Pack* intransitable.

Para no desperdiciar una tarde tan hermosa, decidimos volver la proa a tierra y visitar el frente de otro colosal glaciar que desciende de la alta cordillera y del que, por estar oculto detrás de una colina, sólo podíamos percibir la extremidad superior, intensamente quebrada.

Remontamos la margen derecha de un río impetuoso, de aguas turbias y lechosas provenientes del glaciar, pero, apenas habíamos recorrido unos centenares de metros nos vimos obligados a abandonar también esta tentativa, pues el camino estaba cerrado por infinidad de ciénagas y pantanos, vestigios de una reciente inundación.

Cambiamos de ruta y decidimos subir nuevamente a la cumbre del contrafuerte que oculta el glaciar, con la esperanza de poder gozar desde allí de mayor campo de observación.

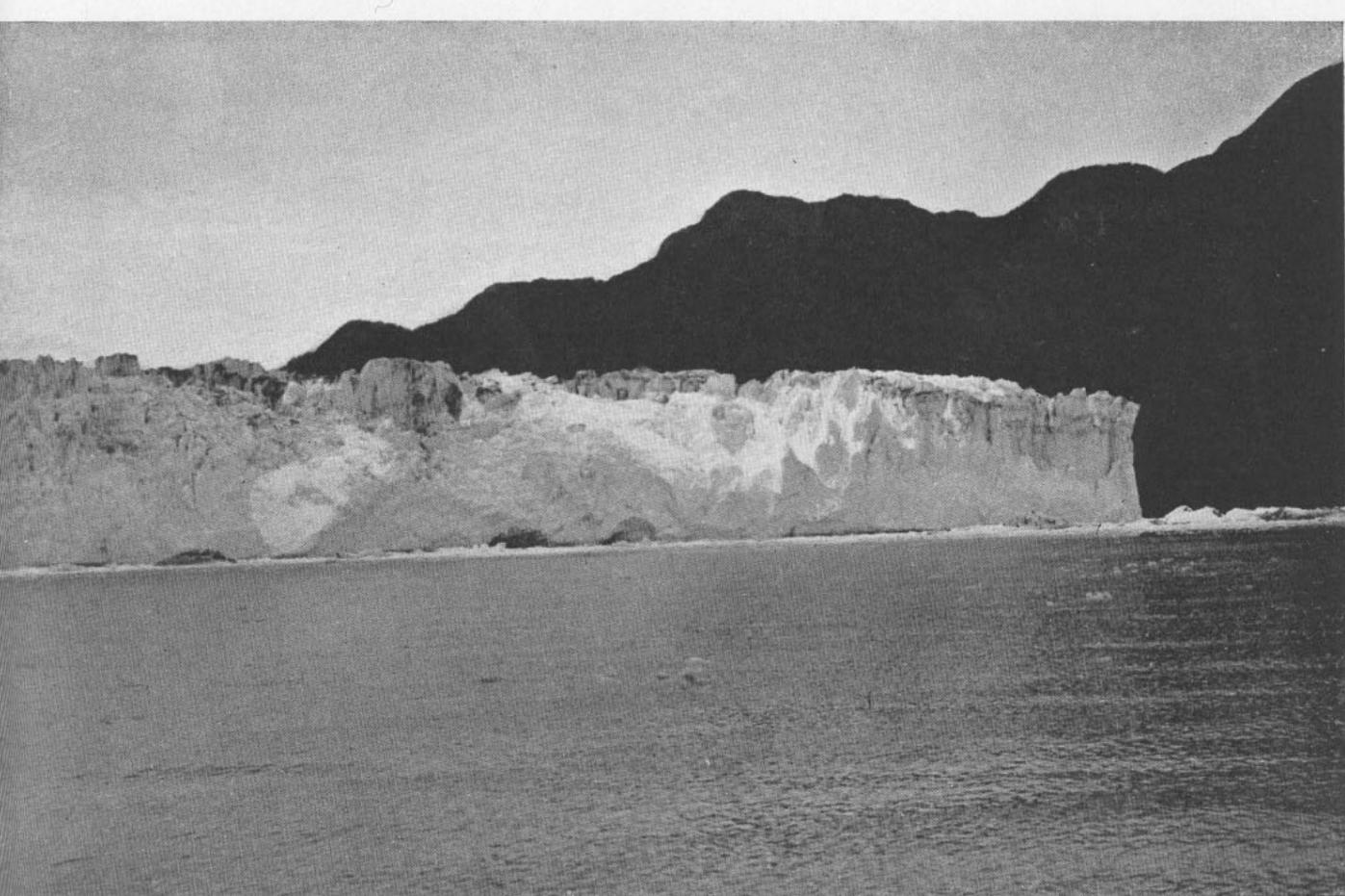
Trepamos llenos de entusiasmo las rápidas pendientes del monte revestido de una espesa vegetación, pero ya desde el primer momento comenzamos a dudar del éxito de nuestra empresa. Son tantas las dificultades que se oponen a nuestro avance que nos vemos obligados a luchar desesperadamente para abrirnos paso a través de una espesa maraña de árboles grandes y pequeños, revestidos de líquenes y entre los que se entrelazan lianas y punzantes matas de *Berberis*.

El suelo, cubierto de un espeso y elástico tapete de musgos, húmedo como una esponja impregnada de agua, esconde pozos peligrosos, troncos flojos y podridos por la vejez, donde uno se hunde, cae y rueda y bien pronto se encuentra con las ropas empapadas, mientras lleva en las manos y en el cuerpo las huellas sangrientas de esa lucha insólita contra las insidias de todo un mundo vegetal.

Ya un poco más alto, podemos caminar más expeditamente a través de algún pequeño claro, pero en seguida las manchas de hayas y arbustos azotados por el viento se tornan más consistentes por lo tupido y enmarañado de sus ramas. Aumenta la dificultad de nuestra ascensión, la forma sumamente accidentada de la montaña que nos obliga a continuas subidas y bajadas sobre las rocas aborregadas.

Con frecuencia debemos detenernos frente a muros verticales de decenas de metros de altura y volver sobre nuestros pasos para enfilear oscuros y estrechos desfiladeros de los que salimos exhaustos y con la ropa hecha jirones. En dos horas de semejante gimnasia agotadora hemos alcanzado solamente unos seiscientos metros de altura; faltan aún otros doscientos para llegar ala cresta del monte, pero lo avanzado de la hora nos obliga a regresar a bordo.

Contemplamos durante el descenso, desde una meseta, el magnífico espectáculo que ofrece el Fiord Falcón, el que se extiende a nuestros pies semejante a una cinta azul, constelada de hielos flotantes como fragmentos de cristales, aprisionado entre dos elevadas barreras de montañas revestidas en su parte inferior de espeso follaje, mientras las crestas están desnudas y encapuchadas de nieve. Las nubes que se extienden uniformemente en densos cúmulos envuelven los picachos de las



Estero Eyre. — Frente del Ventisquero Pío XI

cumbres, pero aquí y allá, bajo el influjo de una súbita ráfaga de viento, se rasgan por breves momentos y dejan ver los flancos y las cimas de algunos soberbios dominadores de la alta Cordillera. Entre ellos, atrae particularmente la atención una pirámide de terrible aspecto, coronada de obeliscos y pináculos que emerge de un vasto campo de hielo en el costado NE del fiord y cuya altura, me parece, no ha de ser inferior a 3.000 metros. <sup>(1)</sup>

Después de tomar algunas fotografías emprendemos apresuradamente el regreso, y en poco más de una hora, rendidos y maltrechos, llegamos a la playa donde nuestros compañeros nos esperaban, satisfechos a su vez de haber hecho una buena cacería de patos y avutardas que hallaron en los charcos a lo largo del río.

Nos embarcamos en seguida y mientras descendían las primeras sombras de la noche rehacemos el trecho de mar a través de los témpanos, tratando de ahuyentar con el trabajo del remo, el frío que muerde nuestros miembros bajo las ropas empapadas.

Diciembre 22 — A las cinco abandonamos definitivamente nuestro fondeadero y después de pocas horas de navegación, pasamos del Seno Falcón al de Eyre, que se dirige a Septentrión por cerca de unos cuarenta kilómetros. Las aguas están en calma lo que nos permite avanzar velozmente, y poco antes de mediodía llegamos

(1) Esta montaña y la cadena que continúa a Septentrión, divisada por mí nuevamente desde la cumbre del monte Torino y de los montes cercanos al Lago Viedma, ha sido designada con el nombre del geógrafo chileno Riso Patrón.

al final del seno y echamos el ancla en una pequeña bahía a tres kilómetros del frente del colosal glaciar, que obstruye la extremidad septentrional.

Este glaciar, uno de los más grandes que posee la Cordillera Patagónica en su flanco occidental, tuvo en estos últimos años un prodigioso avance y ocasionó la destrucción de una incipiente estancia que en 1925 se había establecido en un valle lateral, para dedicarse a la cría de ovinos. Es singular la aventura de este establecimiento que tuvo pocos meses de vida; es muy interesante, y la expongo aquí tal como la escuché de boca del mismo fundador, el noruego Samsing.

La fiebre de ganancias que invadió años atrás a los colonos de Magallanes, cuando la industria del pastoreo estaba en su primera evolución y prometía insospechadas fortunas, hizo que muchos de ellos buscaran con avidez los terrenos más apartados de la Cordillera y de los canales, aún inhabitados para poder establecer allí haciendas de pastoreo.

Uno de éstos, el noruego Samsing, que había realizado en noviembre de 1924 un viaje de reconocimiento por los canales, descubrió al final del Seno Eyre un extenso valle con abundantes pastos, que crecían sobre un terreno de aluvión y sobre morenas de un antiguo glaciar. Convencido de haber encontrado un terreno apropiado para el pastoreo, decidió volver y fundar allí una pequeña estancia. En febrero de 1925 comenzó el transporte por mar del personal y de los materiales de construcción y pocos meses después, en ese valle solitario a orillas de un gran río había edificado tres casitas, galpones para la esquila y depósito de lana, y pastaban doscientas ovejas, y algunos equinos y bovinos.

Pero vino el otoño y tras él los duros meses invernales, en los cuales la hacienda fué diezmada por la nieve y el hambre. Y cuando, llegada la primavera, se esperaba poder restaurar el debilitado rebaño, el repentino e imprevisto avance de un glaciar, que descendía de la Cordillera, cortó a la factoría todo medio de comunicación, sofocando su existencia.

He aquí como sucedió este singular fenómeno. El trecho del canal comprendido entre el glaciar y la costa de occidente, que daba acceso a la bahía donde estaba esta-



El Ventisquero Pío XI pocos días antes que cerrara el paso

blecida la estancia, según los datos suministrados por Samsing, medía en los primeros meses de 1925, cuando él se instaló allí, cerca de un kilómetro. Su cruce no podía, por lo tanto, causar ninguna aprensión. Pero a eso de mediados de septiembre de 1926, Samsing notó un hecho nuevo, sorprendente, que le produjo preocupación y angustia. El glaciar caminaba, avanzaba velozmente, todos los días, como impelido por una fuerza prodigiosa. El tramo de canal que daba acceso a la bahía, dismi-



Estero Eyre. — Entre los témpanos

nuía por momentos y de continuar así, en poco tiempo habría cerrado para siempre la entrada. Además el avance del ventisquero tapaba la salida del río, cuyas aguas empezaban a inundar el valle y las habitaciones de la pequeña estancia. No era posible dilación alguna y Samsing dispuso inmediatamente ponerse a salvo con sus hombres. Embarcando en su cutter algunos pocos muebles y víveres, salió de la bahía a través del angosto y peligroso pasaje de pocas decenas de metros, que todavía existía entre el glaciar y la costa, abandonando definitivamente todo el fruto de sus ahorros y fatigas.

En pocas semanas, el glaciar, continuando su avance, siguió hasta quebrar su colosal frente, de cien metros de alto, sobre una barrera rocosa de la costa opuesta, aplastando y sepultando bajo su formidable peso la secular y exuberante selva, que revestía aquella vertiente. La bahía y el valle con su factoría, quedaron así irremisiblemente aislados.

El infortunio de Samsing convirtiéndose en beneficio para los indios Alacaluf los cuales, ladrones por naturaleza y costumbre, y enterados ya de la fundación de la estancia así como del buen número de animales que poseía, estaban continuamente en acecho de tan rico botín con que saciar su hambre.

Apenas Samsing se hubo alejado, dejando abandonada la estancia, cuando los indios cayeron como langostas sobre el valle y durante algunas semanas, las ovejas, equinos y vacunos les suministraron un descomunal banquete. Las

casas fueron despojadas de lo poco que aún contenían y luego incendiadas. Este es el triste epílogo de aquella primera tentativa de colonización en el Seno Eyre.

Pocas horas después de nuestra llegada, aprovechando la serenidad de la tarde, alegrada a intervalos por los rayos del sol, decidimos hacer una excursión en lancha hasta cerca del frente del glaciar. Durante una hora navegamos a través de flotantes masas de hielo y luego descendimos a tierra sobre la costa occidental, en una pequeña bahía rebosante de témpanos, amontonados por el viento y las corrientes, y tan cercanos a la playa que tocaban la fronda de la vegetación, que allí crece exuberante y desciende casi hasta las aguas del mar.

En compañía de un marinero me interno en el bosque y subo, a través de una espesa y sombría maraña de punzantes calafates, el declive de un cerro desde cuya cima espero poder observar a mis anchas, el frente del glaciar. No fueron vanos nuestros esfuerzos. Apenas tocamos la cima, hemos delante de una inmensa y revuelta llanura de hielo que, reverberando a la luz del sol, baja majestuosamente del interior, encerrada entre los contrafuertes de la Cordillera y termina en un ciclópeo murallón de 50 a 60 metros, cortado a pique sobre las azules aguas del mar. Una vegetación exuberante de hayas, cipreses y magnolias, de un verde brillante, cubre en tupido manto las laderas de los montes cercanos y forma un contraste sublime con el blanco relumbrante de aquel gran mar de nieve y de hielo.

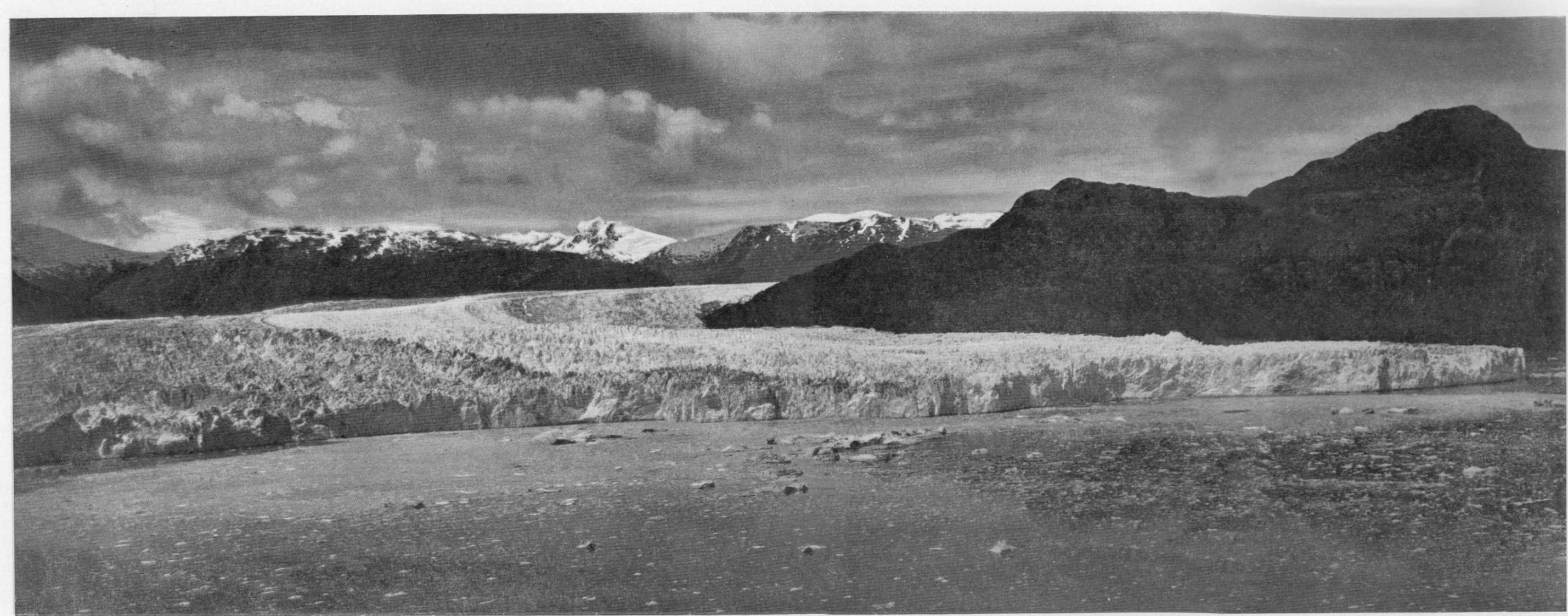
A este glaciar, del que tracé en los días siguientes un esquema topográfico, le dimos el nombre de Pío XI, en honor del venerado Pontífice que en los años de su juventud honró tanto el alpinismo con sus importantes ascensiones y con sus escritos sobre los Alpes.

El glaciar, después de haber chocado contra la barrera rocosa sobre la que nos encontramos, divide su frente en dos lenguas de las cuales una vuelve hacia el Norte, por dos o tres kilómetros, en dirección a la bahía abandonada por Samsing y la otra, de 4 kilómetros, desciende en dirección al seno. Próximos a nosotros, los verdes manchones de cipreses y magnolias sirven de soberbia cornisa a ese sublime e imponente mar de hielo adornado de zafiros y berilos. Trazo un bosquejo del panorama y descendemos por el mismo camino a la bahía; donde el Capitán, que había quedado custodiando la lancha nos espera algo alarmado por las olas que se precipitaban furiosas sobre la playa, cada vez que el glaciar descargaba en el mar sus enormes bloques de hielo, amenazando destrozarnos nuestra embarcación contra la costa.

Damos aún una vuelta por la bahía para observar de cerca el frente del glaciar y luego retornamos a bordo ya entrada la noche.

Diciembre 23 — Para completar el reconocimiento y efectuar el relevamiento del glaciar, es menester ascender a mayor altura las montañas que lo enfrentan; para ello parto a la mañana temprano con el marinero chileno, óptimo andarín. Seguimos un itinerario cuidadosamente estudiado el día anterior para evitar el bosque espeso y sombrío, pero, a pesar de toda nuestra cautela, quedamos enredados dentro de profundos cañadones, erizados de zarzas y de espinas, y nos hundimos en viscosos pantanos que nos engullen hasta medio cuerpo. Proseguimos trabajosamente abriéndonos paso a codazos, con el cuerpo inclinado y tenso como una catapulta, hasta que con el rostro y las manos llenas de arañazos, logramos conquistar el desnudo dorso de la montaña.

Nos encontramos a 800 metros de altura; la vegetación arbórea constituida por las habituales y raquílicas hayas rastreras (*Nothofagus pumilio*), se manifiesta solamente por pequeñas manchas esparcidas aquí y allá en las anfractuosi-



REPRODUCCIÓN PROHIBIDA

FOT. ALBERTO M. DE AGOSTINI

SENO EYRE. — CANALES PATAGONICOS. — VENTISQUERO PIO XI

des y en los lugares reparados del viento. A la altura de poco más de 1.000 metros desaparece la vegetación y comienza la zona media, de la disgregación de las rocas y de las nieves.

En las depresiones entre las rocas aborregadas y los balcones glaciales, se ven numerosos laguitos alimentados por la licuación de la nieve, pero especialmente por las continuas lluvias. El terreno revestido de juncos y de criptógamas, es por doquiera blando y está impregnado de agua.

Continuamos nuestra ascensión y, llegados a unos 1.350 m. de altura, podemos gozar de la magnífica visión del Glaciar Pío XI, que se extiende majestuosamente en ligera curva por unos 30 kilómetros, mostrando con más evidencia aún que el día anterior, la extensión y grandiosidad de su interior surcado de morenas medianas.

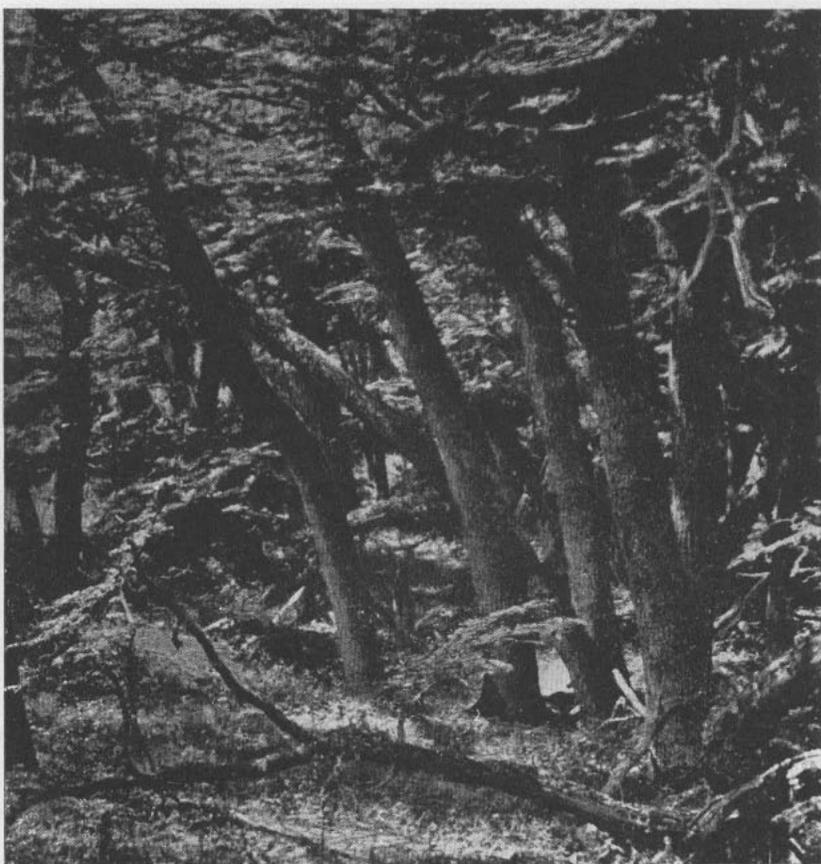
Al lado derecho de su frente, que se apoya en la barrera rocosa, las aguas han anegado el valle, ocupado anteriormente por Samsing, hasta la parte inferior del Glaciar Greve, formando así un vasto lago.

Una tenaz cortina de nubes ensombrece el horizonte y no nos permite divisar los picos nevados de la elevada cadena interna en la cual se origina el glaciar.

No hay esperanzas de que el tiempo mejore. Descendemos, pues, por la misma ruta seguida en la ascensión y en las primeras horas de la tarde regresamos a bordo.

Al atardecer y cuando menos lo esperábamos, hacia Levante, donde se alza la gran cresta de la Cordillera Patagónica, el telón de las nubes se desgarrá repentinamente y aparecen en regiones altísimas, primero una gigantesca y cándida cúpula de nieve y luego, lentamente, parte de otras cimas, torres nevadas de terrible aspecto, que los últimos rayos del sol hacen aún más majestuosas y etéreas, encendiéndolas de rosa y púrpura.

Cautivados por el inesperado y sublime espectáculo, seguimos con avidez la aparición de esas misteriosas montañas, tratando de conocer su configuración, pero las nubes, en lugar de rasgarse, se espesan sobre las gargantas y las crestas. Barridas un momento por una ráfaga de viento retornan poco después, más tenaces y voluminosas, hasta que al anoecer, nuevamente se cierran herméticamente como un espeso velo.



Floresta magallánica



Indios Alacaluf comiendo galletas a bordo del "Renato"

Diciembre 24 — Hemos decidido dejar esta mañana el Seno Eyre y navegar hacia la Angostura Inglesa, nuestra última meta, donde esperamos encontrarnos con alguna tribu de indígenas Alacaluf.

Para llegar a la Angostura Inglesa debíamos contornear la Península Exmouth, situada entre el Estero Eyre a Levante y el Canal Grappler y el Paso del Indio a Poniente, y retornar hasta casi la altura del lugar donde anclamos últimamente. Salidos

del Estero Eyre, penetramos en el Canal Grappler y de ahí en el del Paso del Indio, estrecho canal que se extiende por 65 kilómetros entre la Isla Saumarez al Sur y la Angostura Inglesa al Norte.

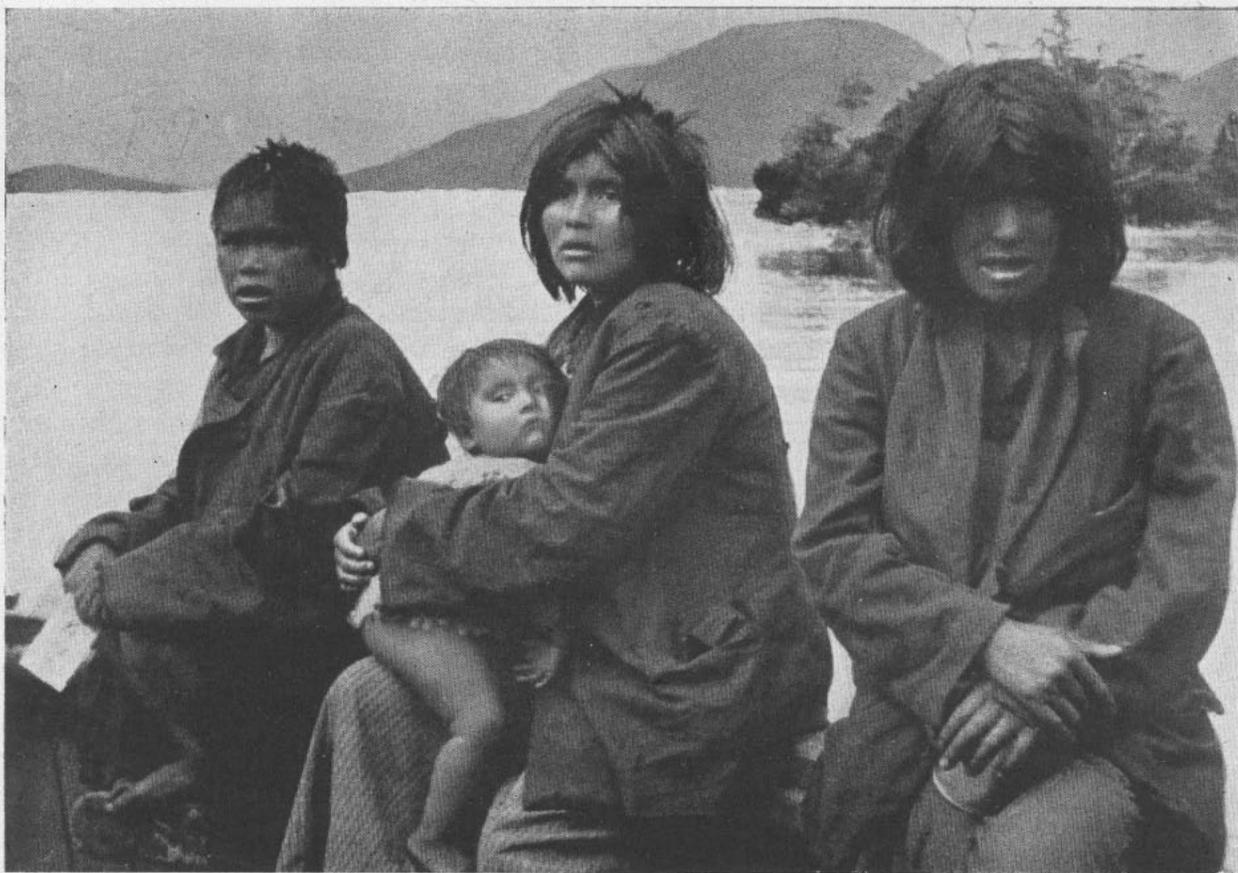
En este canal, como su mismo nombre lo dice, se encuentran casi siempre las canoas de los indios Alacaluf, que tienen allí su principal morada, porque abunda la pesca y porque pueden obtener más fácilmente de las naves que con frecuencia atraviesan estos lugares, víveres y ropas, a cambio de pieles de nutria.

Durante seis horas navegamos a todo motor bajo un fuerte aguacero y con mar perfectamente en calma, y al mediodía, encontrándonos ya frente a la pintoresca Bahía Edén, casi al final del Paso del Indio, una débil columna de humo que se eleva sobre el follaje verde oscuro del bosque, nos revela la presencia de alguna tribu indígena.

Rápidamente dirigimos la proa hacia aquella bahía, encantados de poder efectuar el deseado encuentro con los indios Alacaluf, cuya vida íntima nos interesa conocer.

Dejando atrás un magnífico grupo de islas cubiertas de espesa vegetación penetramos en la bahía, en cuyo fondo divisamos un grupo de indígenas, que, enterados de nuestra llegada, corren presurosos hacia la playa y se ponen a observarnos con atención, mientras sus perros ladran furiosamente. Apenas hemos echado el ancla, cuando ya una canoa equipada por algunos indígenas se separa de la playa y se dirige rápidamente hacia nosotros. Han reconocido en la goleta una de las acostumbradas embarcaciones de cazadores de focas y esperan poder efectuar sus cambios de pieles de nutria por víveres y bebidas alcohólicas a las que son tan aficionados.<sup>(1)</sup> Ya cerca, permanecen en silencio y nos observan, un poco sorprendidos al encontrarse delante de personas desconocidas, pero luego, alentados por nuestro saludo e invitación, atracan a la goleta y saltan a bordo.

(1) Los oficiales de la Corbeta Italiana "Vittor Pisani", que en 1882 atravesaron el Estrecho de Magallanes y tuvieron contacto con los Alacaluf en la Bahía de Fortescue, atestiguan que estos indígenas no apetecían en modo alguno los licores. Así describen el encuentro: "A Fortescue trovammo una canoa con una famiglia di fueghini. Li vestimmo colmandoli di doni; non vollero bere né vino né liquori; mangiarono con piacere biscotti e maccheroni". (Cfr. Rivista Marittima, ottobre 1885, pág. 10). Fué, pues, el contacto con los blancos especialmente con los *loberos*, lo que fomentó en ellos el amor a las bebidas alcohólicas, embruteciendo y degenerando más la estirpe.



Después de la comida esperan algún otro regalito

Su aspecto es verdaderamente repugnante y digno de compasión y demuestra abiertamente la penuria y las privaciones de su vida errabunda y salvaje. Sobre el cuerpo mugriento y fétido con olor a grasa rancia, cuelgan ropas desgarradas y sucias, recibidas quién sabe cuanto tiempo hace de los pasajeros de alguna nave de paso por allí, que les dejan al descubierto las piernas enjutas y anquilosadas. Algunos llevan una almilla y una camisa, otros solamente una camisa y los más adelantados también pantalones, pero todo ello sucio y hecho jirones.

La faz cobriza y aplastada, en la que brillan, entre dos pómulos prominentes, los ojos pequeños, llenos de astucia, queda oculta en gran parte por los desgreñados cabellos que, guarida de numerosos parásitos, les caen en largos mechones sobre la frente y el cuello.

La buena acogida hecha a este primer grupo de indígenas alienta a los restantes que han quedado a la expectativa, en la playa; en efecto, poco después vemos a toda la tribu, unos treinta individuos, apresurarse a venir hacia nosotros y rondar con sus canoas en torno a la goleta, gesticulando, gritando y pidiendo insistentemente "Galleta-tabaca-pantalón" o sea, bizcochos, tabaco y ropas.

Las mujeres manejan el timón o reman con pequeñas paletas, mientras los hombres permanecen agazapados en el interior de la canoa en medio de una nidada de criaturas confusamente mezcladas con los perros. Más miserable aún parece el estado de estos infelices cubiertos apenas con pocos y sucios andrajos, residuos de una almilla o camisa, que no demuestran sentir la necesidad de repararse del frío ni de mejorar en algún modo su condición de vida, preocupándose sólo por saciar el hambre.

Con excepción de dos o tres de los hombres, más diestros y fuertes, que han tenido ya contacto con los *loberos*, de quienes aprendieron algunas palabras en español, todo el resto de la tribu ignora este idioma; no me es posible, pues, hacerme entender por ellos como hubiera deseado, para instruirlos un poco en los misterios de nuestra Santa Religión y administrarles el Sacramento del Bautismo. Abandono por lo tanto, muy a mi pesar esta misión, con la esperanza de que pronto pueda ser llevada a cabo por el Vicario Apostólico de Magallanes a cuyo cuidado está la civilización y evangelización de estos indios.<sup>(1)</sup>

No pudiendo prestarles ninguna asistencia espiritual, procuro suplir al menos en lo material; los hago subir a bordo y les distribuyo una abundante ración de galleta que devoran con visible placer y sorprendente rapidez.

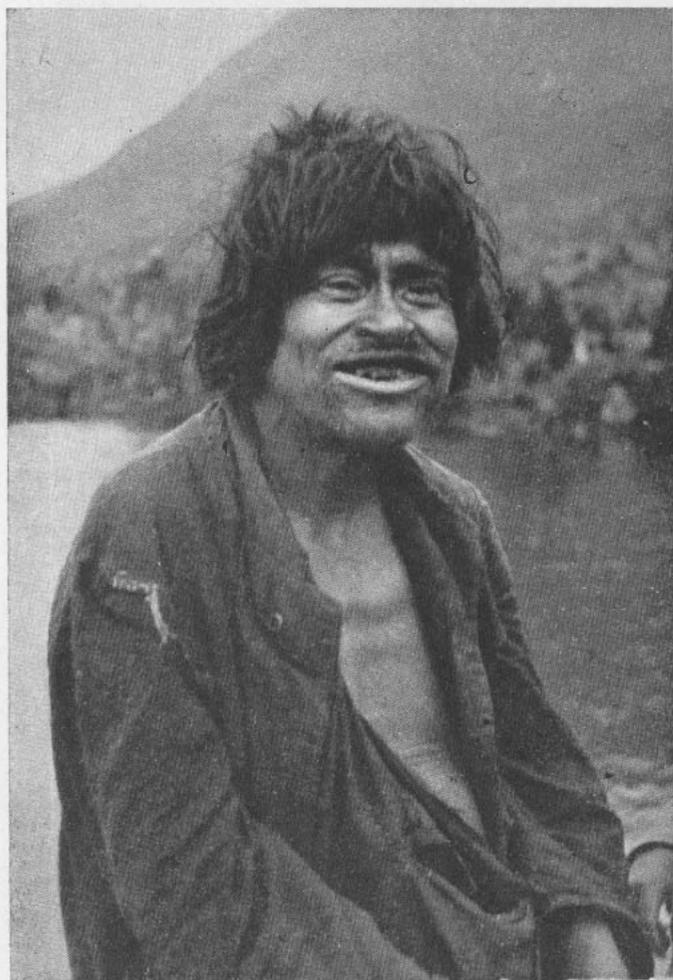
Calmados algún tanto los gritos del hambre, se embarcan satisfechos en sus canoas y regresan a sus cabañas adonde los seguimos nosotros también, curiosos de conocer sus miserables habitaciones.

Por un estrecho sendero penetramos en el interior de la selva, donde están instaladas las chozas. El terreno, por donde pasamos está empapado de agua y recubierto del acostumbrado tapete mórbido de helechos y musgos, en el que nos hundimos hasta la rodilla.

Llueve torrencialmente y no podemos comprender cómo estos míseros salvajes puedan pasar la vida, con tan escasos medios de subsistencia, en un ambiente constantemente húmedo, frío y lluvioso.

Henos aquí ya, junto a su campamento, constituido por unas pocas cabañas próximas unas a otras, de forma hemisférica y de casi dos metros de alto por tres de diámetro, confeccionadas con ramas clavadas en el suelo, convergentes hacia el centro, donde un espacio abierto permite la salida del humo. Sobre esta rústica armazón están extendidas una capa de ramas de haya y algunas pieles de foca, una de las cuales sirve para cerrar la entrada de la cabaña.

En el centro de la choza, una pequeña hoguera, activada con troncos de árbol, da calor y vida a los míseros inquilinos ocupados casi

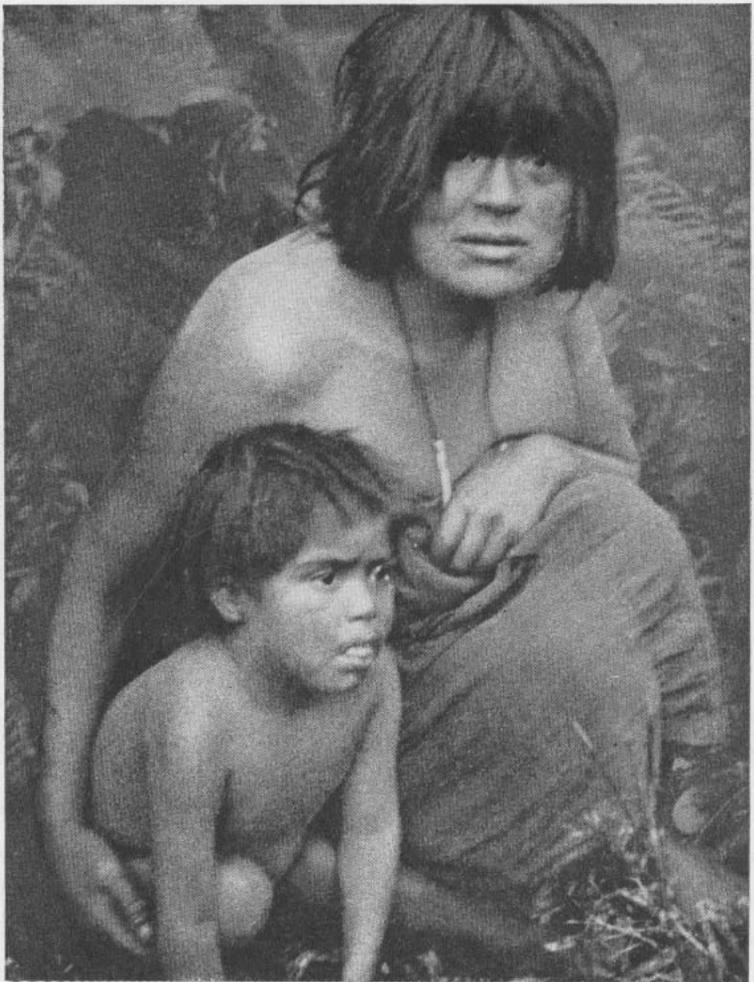


Indio Alacaluf

(1) El actual Administrador apostólico de Magallanes, Mons. Pedro Giacomini, acaba de realizar estos deseos, enviando para evangelizar a estas tribus Alacaluf, al veterano misionero salesiano P. Federico Torre, quien acompañado por el hermano coadjutor Ernesto Radatto, está compartiendo la vida de estos pobres indígenas para llevarles los auxilios de la Religión.

siempre en tostar mejillones y otras especies de moluscos, que constituyen su principal alimento. En torno a este fuego y tan cerca de él que a menudo reciben graves quemaduras, pasan con sus perros gran parte del día y de la noche acurrucados en sus miserables yacijas, hechas con unas pocas hierbas secas y algunas pieles.

Encontramos aquí algunas viejas de rostro surcado por infinitas y pequeñas arrugas, que no fueron a bordo por su natural aversión al blanco, de quien han recibido más mal que bien, y que identifican con los pocos *loberos* criminales que recorren los canales sin ser molestados y de quienes, poco ha, hemos hecho mención. A nuestro saludo y gracias a algunos pequeños regalos, responden en su idioma con voz lenta y gutural. Una de ellas comienza poco después con acento ora lamentable, ora airado, un largo discurso, con el que quiere darme a conocer



Madre e hijo Alacaluf

el dolor que experimenta por el rapto de una hija realizado impunemente por unos *loberos*, de quienes nunca volvió a tener noticias. En otro toldo me encuentro con un hombre inmovilizado por unas llagas en las piernas y quizá por alguna otra enfermedad. Me mira en silencio con ojos resignados y cansados, mientras con una ramita mueve algunos mejillones que se asan sobre las brasas; le doy algunos víveres y con profunda pena salgo de esa cabaña, donde, en la desolación y en la suciedad más terrible, esta estirpe en agonía sufre sus dolores y su angustia.

En el exterior de las cabañas están amontonados residuos de alimentación, consistentes, en gran parte, en conchas de mejillones, huesillos de aves y alguna tibia o cráneo de nutria y de huemul.

La búsqueda de alimentos constituye la principal preocupación de estos indígenas, esencialmente indolentes. La mujer es quien tiene la dura tarea de proveerlos. Y para esto no teme abandonar el confortante calor del fuego y sumergirse en las aguas heladas para recoger los grandes mejillones y los erizos de mar. El capitán Formento fué testigo de la habilidad natatoria y de la resistencia de una de estas mujeres, la cual, teniendo entre los dientes un canasto de juncos, se sumergió en las aguas profundas y permaneció un minuto, volviendo luego a la superficie con su canasto lleno de grandes mejillones.

Por pura curiosidad quiso medir la profundidad y la sonda marcó cerca de siete brazas (12 metros).



Una familia Alacaluf en su canoa

acuden a refugiarse sobre determinados árboles, a lo largo de la costa. Individualizado el árbol, el indio construye entre sus ramas un pequeño escondrijo con follaje de la misma planta y luego al cerrarse una de las noches más oscuras, se oculta y espera inmóvil que acudan las aves. Ya adelantada la noche, cuando los cormoranes están adormecidos, sale de su escondite, los agarra uno a uno, les retuerce el cuello y los deja caer a tierra. Generalmente son pocas las aves que escapan a las manos del indígena, que se ha asegurado así, por algún tiempo, un excelente alimento.

Con maravillosa destreza cazan los volátiles con una honda y, muchas veces, lanzando simplemente las piedras con la mano. El arco y las flechas los usan únicamente para la caza del *huemul*, el ciervo de los Andes patagónicos, que vive actualmente en exiguo número, en los valles precordilleranos.

Los grandes peces son ensartados por los hombres con arpón, mientras la canoa avanza movida por las mujeres, que manejan pequeños remos. También se valen de otros medios para capturar los peces. Por lo general construyen una empalizada de ramas entrelazadas, que colocan en las pequeñas angosturas de las bahías o en la desembocadura de los ríos, dejando una pequeña puerta abierta. Cuando la marea crece los peces entran y cuando baja, cerrada ya la puerta, quedan prisioneros y en seco.

Las canoas de estos indígenas están construídas con tablones de coihue (*Nothofagus Dombeyi*) o bien con cortezas del mismo árbol, unidas con tendones de guanaco, tiras de cuero y mimbres. Sobre estas canoas pasan su vida nómada, vagando por el vasto archipiélago, prefiriendo en verano la costa porque encuentran gran cantidad de huevos y pichones de aves, focas y pingüinos, mientras que en invierno se internan en los canales en busca de moluscos y peces.

Hasta hace pocos decenios, su vestimenta consistía solamente en una gran piel de nutria que llevaban sobre la espalda y otra pequeña en torno de la cintura; ahora, en cambio, se cubren con ropas que adquieren a los *loberos* u obtienen de regalo de los pasajeros de las naves que surcan los canales. Venden pieles de nutria a los "loberos" a cambio de víveres y licores. Se pintan el rostro y el cuerpo con colores que obtienen de tierras arcillosas o de carbones pulverizados, mezclándolos con grasa. Los colores

Las madres, para lograr que los niños resulten hábiles en el ejercicio de la pesca bajo el agua, inducen a sus hijos a zambullirse desde los dos años de edad.

Estos indios tienen una gran predilección por los alimentos grasos, representados por las carnes de foca, delfín y ballena; con la grasa de estos mamíferos suelen untarse el cuerpo.

Para cazar volátiles se valen de curiosas estratagemas. Singular es la que practican para cazar los cormoranes que durante la noche

que usan son: el colorado que significa alegría; el blanco, guerra; y el negro, luto. Las mujeres son muy aficionadas a los collares y brazaletes, consistentes en pequeñas conchillas y huesecillos ensartados en tendones. Los oficiales de la corbeta italiana, *Víctor Pisani*, que tuvieron oportunidad de encontrarse con algunas familias de estos indígenas en Eden Harbour, relatan un bonito episodio de esta vanidad femenina. "Habiendo una niña como de catorce años recibido en obsequio un collar de perlas de Venecia, dió señales de una gran alegría, y sin que nadie le enseñase, se lo envolvió al cuello con doble vuelta, demostrando así cómo, hasta en las condiciones que parecen más adversas, existe la vanidad femenina; al día siguiente, la misma joven a quien se le había enseñado el nombre del objeto, gritaba con graciosa voz: Collar-collar". (1)

Tratamos de conocer el número de individuos de este grupo de Alacaluf que vive en la zona septentrional de los canales patagónicos, pero sin resultado, pues no tienen noción alguna de números. Únicamente logramos comprender que son muchas las canoas y que el resto de los indígenas está actualmente cazando focas y aves marinas en la costa borrascosa del Pacífico.

Por los datos suministrados por el portugués Viera y por Formento, en base al número de canoas que ellos mismos vieron ya, y que contiene cada una, término medio, diez indígenas, los Alacaluf del norte no debían ser entonces más de 180 individuos.

Diciembre 25 — En este extremo y remoto rincón de la Creación, sumergidos en la soledad y en el misterio de las montañas y de los bosques, la fiesta de Navidad despierta en nosotros nostálgicos y lejanos recuerdos de lugares y personas queridas. La mañana es discretamente serena y clara; después de la celebración de la Santa Misa realizo una magnífica excursión en bote a lo largo del canal, hasta la Angostura Inglesa, admirando la encantadora hermosura de este estrecho brazo de mar, que se insinúa entre islas completamente revestidas de vigorosísimas selvas vírgenes. Parecería haber sido transportado de improviso por los ríos y bosques de un país tropical.

La Angostura Inglesa (*English Narrow*), larga e intrincada, pone en comunicación la parte Sur del Canal Messier con la parte Norte del Paso del Indio. Sus aguas que en algunos puntos se estrechan hasta sólo 400 metros, hierven y se agitan como un río en máxima creciente, impulsadas por las fortísimas corrientes, que llegan a adquirir una velocidad de 9 kilómetros por hora y llevan casi siempre la dirección sur, cualquiera que sea la marea. A lo largo de su curso algunos escollos a flor de agua hacen difícil y peligrosa la navegación, como lo atestiguan los numerosos navíos que aquí naufragaron por haber chocado contra esos monolitos submarinos.



(1) Cfr. Rivista Marittima, fasc. III, marzo 1886. Relatos de Enrique Serra, Teniente de Navío, pág. 360.

Mujeres Alacaluf

Un plano detallado y exacto de la Angostura Inglesa y de sus inmediaciones con numerosos sondeos en brazas, fué levantado en noviembre de 1867 por el Comandante y Oficiales de la corbeta a vapor italiana *Magenta*, la cual en su viaje de circunvalación al globo, permaneció 12 días (12-24 noviembre) anclada en *Halt Bay* para levantar este mapa antes de disponerse a la travesía.

La carta marítima inglesa que entonces existía copiada de un esquema ejecutado por el capitán Jenkins, con la medida de pocos ángulos, no ofrecía la seguridad requerida por una nave como la *Magenta*, la más grande que, hasta entonces, había penetrado en los canales patagónicos.

Las investigaciones y los estudios sobre fauna y flora, realizados por el naturalista Enrique Giglioli en numerosas excursiones por mar y tierra, completaron brillantemente el trabajo efectuado por los oficiales de la *Magenta*, cuyos nombres aplicados a algunas bahías (*Magenta*, *Arminjon*, *Libetta*) e islas (*Giglioli*, *Candiani*, *Bassi*) quedaron en los mapas de estas regiones como un bien merecido recuerdo de sus estudios y fatigas. <sup>(1)</sup>

Terminado el plano de la Angostura, la *Magenta*, en la tarde del 24, inició la travesía tan bien descrita por Giglioli: "A las cuatro y media zarpamos de *Halt Bay* dirigiéndonos hacia los "Narrows". Mientras nos aproximábamos al punto más angosto, nos sorprendió la aparición de humo, más allá de la isleta "Mezzo-canale"; en el primer momento pensamos que podían ser los salvajes que inútilmente buscábamos desde hacía varios días. Habíamos pasado los Narrows en su parte más estrecha, cuando al volver el ángulo meridional de la isleta Mezzo-canale nos encontramos inesperadamente junto a una cañonera francesa que en ese momento doblaba el paso oriental. La *Magenta* guiada por quien conocía perfectamente aquellos lugares corría segura con una velocidad de ocho millas por hora; la *Lamothe Piquet* (así se llamaba la cañonera francesa) se movía a pequeña velocidad, sondando a diestra y siniestra; podía tener un tercio del tonelaje de la *Magenta*. La sorpresa recíproca fué grande, pero debió ser mayor la de los franceses, quienes vieron aparecer y desaparecer con gran velocidad y en el punto más peligroso de los canales, una gran corbeta que el movimiento y el paraje debían hacer parecer más grande todavía". <sup>(2)</sup>

Diciembre 26 — Concluído nuestro programa emprendemos con las primeras luces de la mañana la ruta de regreso a Magallanes, a lo largo de los mismos canales por los cuales hemos venido. La navegación hacia el Sur es siempre fácil y rápida porque todos los vientos, con excepción del E y SE, bastante raros, se encajonan en aquella dirección, permitiendo el empleo de las velas, por lo que viajando de Septentrión a Mediodía se experimenta la ilusión de navegar a lo largo del curso de un río en descenso.

Llegados adonde termina el Paso del Indio dejamos a nuestra izquierda el Canal Grappler y penetramos en el Escape, entre las islas Wellington y Saumarez, y de aquí pasamos al Canal Chasm, estrecho y profundo, encerrado entre dos altísimos baluartes de montañas a pico, de las que descenden bellísimas cascadas. Poco después desembocamos en el Canal Wide y favorecidos por un viento fresco del NNW que nos hace correr con todo el velamen desplegado a nueve millas por hora, atravesamos el Canal Concepción.

En las primeras horas de la tarde penetramos en el Canal Sarmiento, siempre con viento en popa, pero ahora acompañado a intervalos de fuertes chaparrones. Por

(1) Cfr. *Reseña Histórica* al fin de este tomo.

(2) Cfr. Enrico Giglioli. *Viaje en torno al globo, de la Corbeta a vapor italiana Magenta*, pág. 940, Milán, 1876.



Niños Alacaluf en la canoa

momentos la costa desaparecía bajo una cortina de niebla y lluvia con peligro de equivocarse la ruta e ir a chocar contra alguna roca. Debemos navegar con gran cautela y permanecer en cubierta bajo la fuerte lluvia y el viento, consultando continuamente la carta para precisar nuestra posición.

Como la tarde se iba oscureciendo cada vez más, para no exponernos al peligro de extraviarnos en las tinieblas, ceñimos la costa de levante buscando un refugio para pasar la noche; con gran satisfacción lo encontramos, al fin, en la Bahía Mayne cortada en la costa occidental de la Isla Evans.

Llegamos a tiempo, pues justamente entonces el temporal del NNW había llegado al máximo de su violencia y la lluvia caía a cántaros, oscureciendo completamente el horizonte. Habíamos navegado sin interrupción toda la jornada, recorriendo 275 kilómetros.

Al día siguiente (diciembre 27) a las cinco, levamos el ancla y proseguimos a lo largo del Canal Sarmiento. La lluvia había cesado y reinaba una calma discreta. A eso de las ocho, el viento del NNW volvió a soplar con fuerza acompañado de grandes chaparrones, pero a la tarde, cuando ya habíamos penetrado en el Cañal Smyth, el tiempo aclaró y cesó la lluvia mientras el viento saltaba al W con mayor violencia.

El mar estaba encrespado por olas espumosas que se perseguían y enroscaban y bajo las violentas ráfagas del viento se transformaban en torbellinos de agua pulverizada.

A las cinco de la tarde llegamos al extremo sur del Canal Smyth, pero no siendo posible proseguir por la furia del huracán, echamos el ancla en una bahía desconocida y segura, que penetra en la costa oriental de la Isla Manuel Rodríguez. A nuestro frente se extienden las aguas del Estrecho de Magallanes completamente convulsionadas y cubiertas de blanca espuma.

Dos días hubimos de permanecer anclados en esta bahía porque el temporal continuó con gran violencia y el mar era demasiado grueso para arriesgarnos a atravesarlo con nuestra pequeña goleta.

Al alba del 28, habiéndose calmado un tanto el viento, logramos transponer por fin este peligroso trecho de mar y llegar al Paso Roda. De aquí en adelante las dificultades disminuyeron y navegando día y noche, en la mañana del 1.º de enero del nuevo año 1929, entramos en la rada de Punta Arenas después de haber pasado 34 días de aventurada navegación en las borrascosas y desoladas costas de la Isla Negra y entre los encantadores canales y fiords patagónicos.



Cóndor andino (*Sarcorhamphus gryphus*)